



CALLEJÓN DE LA VIDA

ÁNGEL
PÉREZ GUERRA

EL PADRE PEDRO ENRIQUE

Un capuchino ha hecho recuento de lo mucho que las hermandades de Sevilla hacen por los demás

ES capuchino, de edad mediana, ojos claros, pelo escaso y tirando a blanco. Como los frailes de verdad, es todo sonrisa y amabilidad. Cada día, el padre Pedro Enrique encamina sus pasos desde el convento de la Ronda (huelga decir que de Capuchinos) hasta la capillita de San José. Allí dice misa y confiesa, entre rococós medio calcinados por la acometida del odio que no cesa. Un grupo de sevillanos ha emprendido —estos emprendedores no tienen nada que envidiar a los otros— una campaña para restaurar el templo de la calle Jovellanos. Y eso me ha recordado la figura de mi amigo fray Pedro Enrique.

Le conocí cuando tuvo a bien escribirme a la direc-

ción que siempre pongo aquí abajo. Lamentaba yo en aquel artículo la actitud acre y poco ejemplar de un párroco que ni siquiera se dignó abrir las puertas de la iglesia que regenta al paso de una cofradía que celebraba una efeméride sonada. Y el padre Pedro Enrique dio un paso al frente. Me puso unas letras para mostrar su sorpresa de ex párroco en Valencia porque las cofradías mueven mucho celo y también mucho dinero en lo que hoy se llama «obras sociales», y que yo prefiero seguir denominando «caridad». Ambos conceptos confluyen en la Justicia, así, con mayúscula de Virtud Teologal como la que luce en el frontispicio de la iglesia del hospital de las Cinco Llagas.

Mi interlocutor había elaborado hasta un estadillo con las actuaciones de auxilio al prójimo desvalido que había recopilado, y realmente aquel informe era apabullante. De él se infería que las cofradías sevillanas hacen mucho más por practicar el Mandamiento del Amor que muchos clérigos y que algunas instituciones eclesiásticas. Pero el buen capuchino tenía sus dudas acerca de si dar a conocer aquella gran verdad mediante alguna publicación, on u off line. Yo —tengo que reconocerlo— le aconsejé que se diera tiempo, porque ya sabemos que ni fias ni porfias ni cuestión con (o sobre) cofradías. Y el hombre me hizo caso, hasta hoy. Tal como está el patio, desde aquí le renuevo el consejo, pero no quería que pasara más tiempo sin que se supiese que un capuchino de Levante arribado a Sevilla ha hecho recuento de lo mucho que las hermandades de Sevilla hacen por los demás y le ha salido un superávit de lo más cristiano.

apgabc@gmail.com